

SS-F

AJ-2

D-2

485

B.P. de Soria



1069623

SS-F AJ-2

LA VENERABLE MADRE
SOR MARÍA DE JESÚS
DE ÁGREDA

RELIGIOSA CONCEPCIONISTA FRANCISCANA.

POR

*un devoto de la Sierva de Dios, admirador
de sus virtudes, santidad y ciencia,*

PARA CONMEMORAR

EL TERCER CENTENARIO
DE SU NACIMIENTO.

BIBLIOTECA PUBLICA DE SORIA
SECCION DE REFERENCIA

R. 68268



TARAZONA.—1902

Imp. del Boletín Eclesiástico (de Pedro Carra.)



EL TERCER CENTENARIO

DEL NACIMIENTO

DE LA VENERABLE MADRE

*Sor Maria de Jesús
de Agreda.*



Laudemus viros gloriosos, es justo y laudable que alabemos y bendigamos á los que nos han precedido, distinguiéndose en la virtud y en la ciencia. Si, *laudemus viros gloriosos*, alabemos á tan gloriosos varones, porque su recuerdo sirve para excitar los más nobles y generosos sentimientos en nuestros corazones; para conservar y consolidar las santas y gloriosas tradiciones de nuestros mayores; para seguro norte en los embates de ésta vida, y para otros fines que no se ocultan á la razón natural y á un corazón piadoso.

Los impíos, los hijos de las tinieblas,

más prudentes que los hijos de la luz, no ignoran éste poderoso secreto. Ellos, para excitar los ánimos al mal y hacer propaganda de sus deletéreas y perversas ideas, celebran con pomposo aparato los centenarios y aniversarios de sus triunfos anticatólicos y de personajes tristemente célebres para la Religión y para la Patria; erigen monumentos y estatuas, no á los mártires de la libertad, sino á los mártires del libertinaje, á los mártires del error, del despotismo y del pecado; dedican calles, casinos y plazas á los mayores enemigos de Dios, de la Iglesia y del Estado; cantan himnos de alabanza á los revolucionarios más crueles, á los mayores opresores de la humanidad y á los más rabiosos propagandistas que encendieron en el mundo todas las malas pasiones y dejaron reguero de fuego y llanto por donde pasaron; y ellos por fin, se coligan en compacta unión en los antros de sus logias para destruir el reinado social de Jesucristo. Y ¿por qué los católicos hemos de ser tan frios y apáticos para celebrar nuestros triunfos? ¿Por ventura el Dios de los católicos, no merece más culto que las

pasiones y vicios de los impíos? No seamos, pues, tan cobardes, hipócritas y traidores para Jesús. Aunque ruja el infierno y brame satán, lancémonos á la pelea. Hora es de que no se burlen más los impíos de los católicos.

Ocasión mas propicia para mostrar nuestro valor á favor de Jesús, no puede darse. El día dos de Abril de éste año de 1902 celebramos, el tercer Centenario del nacimiento de la Venerable Sor María de Jesús de Agreda y en esta inclita Monja están sintetizadas las glorias de los católicos, Ella fué valiente para defender los intereses de Jesús en el claustro, en los troncs, en la ciencia, en la política y en todas partes; y con imitarla tenemos seguro el triunfo. Ánimo, pues, y á la brecha que la victoria es nuestra. Una Monja nos dá el ejemplo. Como las virtudes y la ciencia de Sor María són conocidas en todo el mundo todos debemos celebrar su Centenario con todo el aparato posible. Sobre todo la villa de Ágreda debía erigir en estas fiestas nó un monumento de mármol ó de bronce, sino de oro, de diamante y de piedras preciosas

á esta insigne religiosa Concepcionista Franciscana, porque sinó por ella, tal vez esta Villa hubiera sido un rincón casi desconocido de España. Y los extraños cuando vienen con tanto entusiasmo á visitar á la Venerable, vuelven tristes y con una espina en el corazón, al ver que apenas se halla recuerdo alguno de tan extraordinaria mujer. ¡Ah! si los extranjeros tuvieran esta gloria, cuan transformado se vería Ágreda!

Además en la Venerable Sor María de Jesús hallará virtudes el justo, penitencia el pecador, pureza é inocencia el joven, resignación y conformidad el anciano, ciencia el filósofo y el teólogo, literatura el humanista, diplomacia el político, y todo cuanto se puede desear para ser feliz en este mundo y en el otro. El que quiera convencerse de ello, lea las siguientes reflexiones.



Sor María de Jesús insigne en Santidad.

Es principio inconcuso en los filósofos y teólogos que según los fines á quien Dios destina á uno, así concede los medios para ello; y como la Venerable Sor María de Jesús estaba destinada por la diestra del Altísimo para grandes fines, era lógico y consiguiente que el Señor le adornase con especiales excelencias, dones y privilegios de santidad. Y en verdad, en una mujer que estaba destinada para escribir la Historia de la Virgen, para vivir en íntima unión con Jesús y María, para defender con especial ardor y acierto la Concepción Inmaculada de María, para evangelizar á los indios y ser una misionera extraordinaria, para poseer las ciencias filosóficas y teológicas en grado eminente, para dirigir con una diplomacia sin igual los destinos políticos y militares de la Nación etc.; hemos de suponer unas gracias sobrenaturales y proporcionadas para tan sublimes fines. Y ¿lo fué, en efecto, así? Si, porque sus biógrafos están contestes en ello. **E**

mismo Eusebio Amort, uno de los enemigos más declarados de los escritos de la Venerable, está conforme en concederle la más insigne santidad.

Oigamos lo que nos dicen los biógrafos y testigos de ciencia y veracidad sobre la vida y virtudes de la Venerable Sor María de Jesús. «Antes de llegar á edad capaz de la educación de sus padres el mismo Dios se constituyó por su especial maestro con prodigiosos favores. Bañado su entedimiento de divinas luces, rayó en ella el uso de la razón después de una visión altísima que le concedió el Señor. Fué ésta sobrenatural visión el primer conocimiento de ésta feliz criatura, y Dios el primer objeto que conoció. Desde este momento entendió con una claridad admirable cómo Dios es la causa principal de todas las cosas, el estado primitivo del hombre y los funestos estragos y consecuencias del pecado. Todos sus cuidados y atractivos llevaba el cielo, la salvación de su alma, y embebida en éste pensamiento aborrecía las conversaciones, tratos, diversiones y risas vanas del mundo. Por esto y porque su sa-

lud corporal prometía poco, la tenían hasta sus mismos padres por una inútil. Ofrecía á Dios estos desprecios: y un día que estaba angustiada é inconsolable meditando la pasión del Señor, oyó una voz que le decía: *Mas padeci yò por tí.*

Cuando sus padres comenzaron á dar educación cristiana á la niña, notaron algo de extraordinario en ella para todo lo bueno y espiritual; y no se equivocaban, porque la niña crecía en la virtud á medida que crecía en la edad, y oía en su alma una voz celestial que le decía: *Vuélvete, esposa mia, y conviértete á mí, deja lo terreno y sigue mis caminos.*

Cumplidos los doce años, deseaba poner en ejecución los deseos de abrazar el estado religioso que el Señor había mandado á su corazón; pero tuvo que esperar algunos años, porque Dios preparaba mayores prodigios en su familia.

Su padre, D. Francisco Coronel ingresó en la Orden de San Francisco con sus dos hijos Francisco y José que yá eran religiosos; y su madre D.^a Catalina de Arana debía también vestir el santo hábito de Con-

cepcionistas Descalzas Franciscanas con las dos hijas María y Jerónima, convirtiendo en Convento su propia casa: ejemplo que llamó la atención en Ágreda y en toda España, pues muchas jóvenes y doncellas de distinguidas familias, abandonaron el mundo y vistieron el hábito de Concepcionistas, y cuatro matrimonios tomaron en Ágreda la misma resolución vistiendo el hábito Franciscano en el Convento recoleto de Nalda.

El día dos de Febrero de 1620 profesó Sor María en compañía de su madre no pudiendo profesar la otra hermana por falta de edad. Desde el día de la profesión se entregó más de lleno á Dios, y el Señor siguió favoreciéndola con extraordinarios dones, apareciéndosela la Reina del cielo con el Niño en los brazos y atrayéndola toda así, con dulzuras, deliquios, éxtasis y arrobamientos.

Tal vez la piedad abusó de las maravillas que Dios obraba en su sierva sobre todo después de la Comunión, pues, por condescender con la devoción de algunas personas curiosas, abrían la portezuela del comulgatorio, donde la sierva de Dios quedaba

en éxtasis, y tocándola, ó con un leve sople, la llevaban de una parte á otra.

La Venerable, cuando llegó á saber lo que con su persona se hacía, tuvo tal sentimiento, que, hubiera preferido la muerte antes que permitir una cosa semejante. Bañada en lágrimas rogó al Señor, que le quitase todas las exterioridades y después sufrió con paciencia y alegría las murmuraciones y comentarios siniestros que se hacían de sus virtudes y santidad.

Se conserva en Ágreda la piedra que le servía de cabecera cuando daba á su cuerpo dos horas escasas de sueño; se disciplinaba cinco veces al día; ayunaba á pan y agua tres días en la semana; hacía con una enorme cruz de hierro los ejercicios de la cruz y de la muerte dando quince vueltas con las rodillas desnudas en contemplación de los pasos de la Pasión del Señor; cuyo ejercicio le duraba tres horas en una tribuna que para tales devociones le tenían concedida, y aun se conservan en ella las manchas de sangre que brotaba de las rodillas. Siempre andaba cargada de cilicios y á tiempos con una túnica de alambre que la

cubría el cuerpo; y tan grandes y continuas eran sus penitencias, que era un milagro que viviese con tantas y tales mortificaciones. Se derretía en la devoción á la Pasión del Señor, á Jesús Sacramentado, y á María Santísima, y á estas sus tres principales devociones, añadía la de San José y la de su llagado Padre San Francisco y otras que le sugería su fervor y piedad.

Al mismo tiempo que se hallaba en Ágreda era trasladada milagrosamente al Nuevo Méjico, y por once años catequizó á aquellos indios. Fué consejera del Rey Felipe IV por muchos años; y manifestó un talento sin igual en los negocios políticos y diplomáticos. Antes de cumplir los veinticinco años de su edad fué nombrada Abadesa y, en 1637 comenzó á escribir por primera vez la Historia de la Virgen. En veinte días escribió toda la primera parte y el Padre Arreola religioso de la Merced, mandado por el Obispo de Tarazona á examinar el espíritu de la Venerable, asegura que algunos días escribía cuarenta hojas enteras. Por uno de aquellos inescrutables designios del Altísimo, en ausencia de

Fray Francisco Andrés de la Torre su confesór ordinario, le mandó otro que quemase todos sus escritos, y la Venerable obedeció ciegamente.

Las tribulaciones, las sequedades, obscuridades, las muertes místicas y otros trabajos que sufrió no tienen número; y sin embargo nunca dejó de practicar todas las virtudes en grado heróico. Recibió de nuevo aviso de Dios para que escribiera segunda vez la Historia de la Virgen, y obedeciendo á su voz, la terminó en 1660 en la forma y disposición que hoy corre impresa con el título de *Mística Ciudad de Dios*, cuyos originales ó autógrafos se conservan en el Convento de Ágreda en ocho volúmenes. Tenía entonces la Venerable cincuenta y ocho años; pero por las enfermedades, penitencias, dolores y tormentos corporales que sufría, indicaba que estaba cercana su muerte. Así se lo revelaron los Angeles quienes le digeron que hacía muchos años debía haberse muerto; pero que el Señor le reservó la vida para que escribiese segunda vez la Historia de su Madre Santísima.

El día de la Pascua de Resurrección de 1665, conociendo que se acercaba su fin, pidió licencia al confesor P. Fray Andrés Fuenmayor, para hacer ejercicios espirituales y vivir completamente retirada de toda humana comunicación. Antes de terminar los treinta y tres días que solían durar sus ejercicios, llamó á las religiosas á Capitulo les anunció su muerte diciéndoles que aquel sería el último Capítulo. El día de la Ascensión confesó y comulgó, y suplicó al P. Andrés su confesor que le asistiese bien en el último trance; y dijo á una religiosa que le lavase bien los piés para recibir la Extremaunción. La Comunidad lloraba inconsolable al saber estas tristes noticias. Ya exhausta de fuerzas postróse en cama y una feliz coincidencia ó casualidad trajo allí al General de toda la Orden Franciscana. La sierva de Dios, recibió gran consuelo al ver á su cabecera al legítimo sucesor de su P. San Francisco: parecía que le hizo revivir su presencia. El P. Fray José Jimenez de Samaniego, á la sazón Provincial de la Provincia Franciscana de Burgos, á cuya jurisdicción pertenecía el Convento de la

Concepción de Ágreda, se acercó á la Venerable y la preguntó: Madre me conoce? y con la atención de si estuviera sana, le respondió: Sí Padre le conozco, y ¿como no ha de conocer la oveja á su pastor? Tan grande era el aprecio que hacía de sus Prelados, y de su Orden Franciscana. Hecho público en la comarca el peligro de la enfermedad de la Venerable, eclesiásticos y seglares, ricos y pobres, nobles y plebeyos, mostraron su sentimiento y alarma, persuadidos de que era común y particular castigo el quitarles el Señor á aquella insigne mujer de su lado. Organizáronse rogativas procesionales y no quedó imagen de devoción en la Villa y en los contornos que no se llevara al Convento con demostraciones tales, que en ninguna necesidad pública por apretada que fuese, se pudieran hacer mayores.

¡Tal era el concepto que tenían formado de la santidad de Sor María! En su enfermedad, hasta los últimos momentos, no cesó de hacer actos de contrición y amor de Dios. Todos los días Comulgaba por devoción y el P. Samaniego le administró

el Viático; quien tomando la Hostia consagrada en las manos, mandó por santa obediencia á la Venerable que pidiese á su Majestad la prolongación de su vida, si convenía, ó que rogase desde el cielo por sus monjas y por la Religión Seráfica, que tanto le había asistido.» La Madre asintió á la petición de su legítimo Prelado y quedó muy tranquila y consolada cuando moria por la obediencia, *facta obediens usque ad mortem.*

Por fin, confortada con todos los auxilios espirituales y recibida la bendición de San Francisco, que se la dió el mismo Ministro General de la Orden de Franciscana; rodeada su cama de todas las religiosas, á quienes por despedida dió saludables consejos, en completo uso de las potencias de su alma, el primer día de la Pascua del Espíritu Santo, á la hora de Tercia cuando vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, entregó plácidamente su alma al Criador; llamando con admirable suavidad á su divino Esposo diciendo tres veces: *Ven, ven, ven*, el veinticuatro de Mayo de 1665, á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta y

seis de Religiosa y treinta y cinco de Prelada. Su alma fué vista por varias personas espirituales subir gloriosa al cielo.»

Honró el Señor á esta su Sierva con estupendos milagros en vida y en muerte. Su cuerpo se conserva en buen estado, con un olor celestial, y sobre todo su mano derecha, aquella bendita mano con que escribia tiene áun fresca y flexible como si acabara de morir. Clemente X declaró á Sor María de Jesús Venerable y mandó seguir adelante la causa de su Beatificación. Alejandro VIII, Clemente XI, Benedicto XIII y Benedicto XIV, reiteraron las declaraciones á favor de la *Mística Ciudad de Dios* con el concurso de los teólogos más eminentes y calificados, deshaciendo las contradicciones que los jansenistas más ó menos declarados inventaban contra sus escritos. En 1867 el Arzobispo de Zaragoza puso á los piés de Pio IX cincuenta exposiciones solicitando la conclusión de la causa de Beatificación, y en 1886 tuvo León XIII una junta de Cardenales sobre el mismo asunto.

Los descos de todos los Españoles y de todos los buenos Católicos són que cuanto

antes se venere en los Altares á Sor María de Jesús de Ágreda, y quiera el cielo que no se retarde éste día.



II

Sor María de Jesús insigne Misionera.

El actual Obispo de Oviedo, en un sermón que corre impreso, dijo, que en la Iglesia Católica eran tres las Ordenes Religiosas más sobresalientes, á saber; la Jesuita, la Dominicana y la Franciscana; sobresaliendo la jesuita en la política, la dominicana en la Teología y la franciscana en las misiones ó conversión de las almas. No examinaré la verdad ó falsedad de ésta original y elegante frase, pues en todas las tres mencionadas órdenes, ha habido políticos, teólogos, y misioneros eminentes; pero sí admitiré en cuanto considera á la franciscana como misionera, puesto que ella sola cuenta aun en estos aciagos días más de *cinco mil* religiosos entre infieles y ha sido de las que más ha sobresalido en ésta virtud, contan-

do más de *nueve mil* mártires en su seno.

En la Venerable Sor María de Jesús, como miembro de una Orden tan ilustrada y seráfica, no podía faltár éste celo de almas. Desde sus tiernos años tenía vehementes deséos de que Jesús fuese conocido y amado por todos. Después que tomó el santo hábito y emitió los votos religiosos, se le aumentáron progresivamente éstos deseos, y un día, después de la comunión arrebatada en éxtasis, le mostró el Señor en visión abstractiva los dilatados reinos en que imperaba la idolatría, le dió á conocer la variedad de climas y de las criaturas que habitaban el Orbe y llegó á comprender cuan pocas eran las que profesaban la fé de Jesucristo. Partíasele de dolor el corazón al ver que la copiosa redención, que con infinita misericordia hizo Dios-Hombre, se aplicase á tan pocos hombres y que fuesen tantos los llamados y tan pocos los escogidos.

Hallábase la Sierva de Dios orando por la salud de las almas, y el Señor la arrebató en un admirable éxtasis, pareciéndole que estaba en Nuevo Méjico predicando y

catequizando á los indios.

Como al mismo tiempo se hallaba su cuerpo en Ágreda, había que admitir en la Venerable el don de bilocación real; pero ella ignoraba el modo cómo se obraban estos prodigios y nada quiso afirmar sobre el modo, y forma en que era llevada á aquellas partes.

Experimentaba la Sierva de Dios las variaciones de climas, conocía á los religiosos Franciscanos que se dedicaban allí á la conversión de los infieles, y se alegraba de que hubiesen regenerado con las aguas del Bautismo á tantos millares y millones de almas.

Por once años se repitió este prodigio, y cuando los Religiosos se hallaban más afanosos en sus trabajos apostólicos, llegaron á ellos numerosas tropas de indios pidiéndoles el santo Bautismo. Los Franciscanos extrañaron la novedad, y preguntando á los indios la causa de su venida, les respondieron, que hacía muchos días que una mujer predicaba en su reino la fé de Jesucristo, que á tiempos se ocultaba y no sabían donde se recogía, que ella les había

catequizado y les había ordenado que vi-
niesen en busca de los religiosos para reci-
bir el Bautismo. Admirados los religiosos
de la realidad y veracidad de tan portento-
sos hechos, deseaban averiguar quien fuese
la mujer que les catequizó tan perfecta-
mente.

Pasados algunos años vino á Europa el
Superior de aquellas misiones Padre Fray
Alonso de Benavides, é hizo presente al
Rvsmo. P. Fray Bernardino de Sena Mi-
nistro General de toda la Orden Francisca-
na, lo que les pasaba. El Ministro General
sabedor de las maravillas de Sor María de
Jesús de Ágreda, y de su gran santidad,
autorizó al P. Benavides con especial pa-
tente para que con otros testigos, hiciese á
la Venerable las interrogaciones necesarias
sobre el asunto. La Sierva de Dios, hacien-
do sacrificio de su secreto y en obsequio
á la santa obediencia, confesó sinceramente
todo cuanto le había sucedido, usando de
los nombres propios de las Provincias y
Reynos y haciendo tan individual descrip-
ción y con tales circunstanacias, que no pa-
recía relación de persona ausente, sino de

la que por dilatados años hubiese vivido en aquellas regiones.

Manifestó que había visto al mismo P. Benavides con otros religiosos Franciscanos, y le señaló el día la hora y el lugar en que les había visto, las gentes que llevaban en su compañía y las señas más insignificantes de todos los individuos de la comitiva.

El P. Benavides quedó tan admirado al oír relación tan detallada, clara, y evidente de la prodigiosa misionera, que se tuvo por dichoso haber hecho viaje tan largo y trabajoso á cambio de haber llegado á conocer una alma tan favorecida de Dios. Levantaron con todas las formalidades y requisitos, el Acta de todo cuanto la sierva de Dios había declarado, y así quedó confirmado auténticamente que Sor. María de Jesús era una fervorosa é insigne Misionera; llegando además varios autores á asegurar que recibió varias heridas en las misiones, y consiguió el mérito de la palma del martirio, siendo coronada como mártir de la fé por los Santos Angeles.



III

**Sor María de Jesús acérrima defensora de
la Concepción Inmaculada de María.**

Es llamado, en cuanto cabe, *Dogma Franciscano* el dogma de la Concepción Inmacula de María, porque esta ínclita Orden, sobre todo desde el Venerable Escoto, defendió con especial ardor éste Misterio; pero, aunque no hubiera habido en ella más defensoras que la Venerable Madre de Ágreda, creemos que justamente le correspondía tan relevante honor.

El objeto principal de todos los escritos, de todas las cartas, y de todas las devociones de la Venerable era la Concepción Inmaculada de María. La polvareda que levantó Sor María entre los escolásticos con afirmar categóricamente, tanto en la *Mística Ciudad de Dios*, como, en todos los demás escritos, que Dios le había revelado que la Virgen fué concebida sin mancha, parece que no tiene simil en los anales de la historia. Parecía que el infierno todo se había conspirado contra la Vene-

rable y contra la Inmaculada, pues puso en movimiento todas las Universidades, todos los teólogos y hasta la misma Roma. Eran las últimas convulsiones de la serpiente infernal, que, por medio de la humilde Monja de Ágreda, veía el triunfo definitivo de la Concepción sin mancha de María. No se equivocó la astuta serpiente en ello, pues desde estos golpes de la Venerable, los enemigos iban cediendo el terreno y llegó á ser una creencia de los católicos, hasta que por fin, el terciario franciscano Pio IX definió *dogma de fe* la Concepción Inmaculada de María, con universal aplauso del Orbe y triunfo completo de la Venerable Sor María de Jesús de Ágreda, del Venerable Escoto, de toda la Orden Francisca y de todos los amigos de María Inmaculada.

No es posible encarecer lo bastante las instancias de la Venerable al Rey Felipe IV, para que trabajase por la declaración dogmática de la Inmaculada, adelantándose Sor María en ésta materia con una resolución que no emplea en ningún otro asunto. Categóricamente afirma al Rey *que es vo-*

luntad de Dios, se proclame como dogma de fé la Inmaculada Concepción de María, y que se proclamará seguramente, y que tiene de ello revelaciones que no consienten dudas, vacilaciones ó tibiezas. ¡Pobre Monja de Ágreda! cuanto sufrió por estas afirmaciones! y el Misterio que ha sido declarado dogma de fé doscientos años después, debía haberlo sido entonces, sino por sus ciegos y apasionados enemigos! Y ¿será posible que aún haya algunos poco adictos á la Venerable?

El Rey no permanecía sordo á las calurosas y constantes súplicas de la Venerable Madre, y nombró una junta de teólogos y sujetos más graves de la corte para tratar lo más justo que pareciera á este santo asunto, y por fin, se envió á Roma, como embajador más propio para ello, el Obispo de Cádiz. Se consiguió del Papa Alejandro séptimo una de las Bulas más favorables á la Purísima; pero como no fué declarado dogma de fé el Misterio, escribía la Monja al Rey en 1660 que tres cosas le habían llevado la atención y deseado con grande anhelo: «La primera que ésta Corona

tomase por patrona y protectora á la Reina del cielo; la segunda, que se ajustasen las paces entre Francia y España; la tercera, que se definiese por artículo de fé la Purísima Concepción.» Veía cumplidas por la voluntad de Dios las dos cosas primeras, y anhelaba por la alegría y alivio que esperaba de la tercera, á la que había consagrado lo más ardiente de su fé y energías.

Pero los obstáculos de doctrina con que tropezaba por entonces la declaración dogmática en su fondo y en su forma eran grandes. Enlazábase, como lo dice el Señor Silvela, este asunto con la declaración de la infalibilidad y el concepto de la autoridad pontificia respecto á definiciones, punto gravísimo entonces y latente en la guerra cruda que movió la Sorbona á Sor María y á su libro; y debía morir la Venerable sin el consuelo de ver en este mundo el triunfo definitivo de la Infalibilidad Pontificia y de la Purísima Concepción, reservados en los designios del Altísimo para los revueltos días del siglo XIX.

Además de todo lo dicho, había compuesto la Venerable una letanía con tan ad-

mirables elogios de la Virgen, que era un verdadero tratado teológico. La letanía defendía abiertamente la Concepción Inmaculada de María, y en una de sus invocaciones decía: *Así la santa Iglesia por verdad infalible determine vuestra Purísima Concepción.* Esta letanía, aunque tan abiertamente habla de la Infalibilidad, fué traducida é impresa en Español; Italiano, Francés y otras lenguas; pero más tarde, los enemigos de la Inmaculada y de la Infalibilidad, la denunciaron al tribunal de la Inquisición. Algo sufrió la Venerable con estas cosas, y sus émulos frotaban las manos de regocijo; sin embargo, confundió Sor María de tal manera á los inquisidores y á todos sus adversarios, que no tuvieron más remedio que dejar paso libre á la letanía con todas las invocaciones que contenía á favor de la Purísima y de la infalibilidad.

Creemos que en España no ha habido otra persona que haya defendido con más empeño la pureza primordial de María y por lo mucho que sufrió por ella, no estaría mal que se la llamase mártir de la Inmaculada. — Y ¿Tropezará con las mismas dificult-

tades su Beatificación? No lo sabemos, pero no deben faltar algunos enemigos. Esperamos que todo se allanará y que pronto se verá en los Altares la Venerable de Ágreda. Estos són los sentimientos de los buenos católicos. Es verdad que la España ni la Iglesia necesitan de ella para sus fines: es también verdad que la Religión Franciscana no necesita de más glorias para su prestigio, pues ha dado á la Iglesia más de mil quinientos santos y beatos, más de nueve mil mártires, más de doce mil escritores de reconocidos mérito, más de cuatro mil obispos y arzobispos, noventa cardenales, trece sumos Pontífices é innumerables que se han distinguido en la virtud y en la ciencia. Aún más, si la Orden franciscana no hubiera tenido más santos que su Fundador San Francisco de Asís con sus cinco llagas de amor, San Buenaventura como sabio, San Antonio de Padua como misionero y milagrero, y San Pedro de Alcántara como penitente, bastarían ellos solos para hacerla inmortal. Pero preciso es también confesar que todos sentimos un gran vacío en nuestro corazón, un

vacío ó un deseo que solo puede llenar la Beatificación de la Venerable Madre Sor María de Jesús de Ágreda, la acérrima defensora de la Concepción Inmaculada de María.



IV.

Sor. María de Jesús escribe la incomparable obra MÍSTICA CIUDAD DE DIOS EN LENGUAJE CLÁSICO ESPAÑOL.

No es mi objeto hacer la apología de la, *Mística Ciudad de Dios*, la mejor epopeya que se ha escrito de María Santísima. Sería descubrir mil miserias y pasiones humanas, hasta en los eclesiásticos y regulares, si pretendiese hacer la historia de las personas y medios que se valieron para calumniar y desacreditar un libro tan profundo y piadoso, pues al P. Eusebio Amort le tuvieron que desterrar por temerario y desobediente y basta saber que los enemigos de la *Mística Ciudad* eran los enemigos de la

Inmaculada, y que sus objeciones están mil veces trituradas por Samaniego, Arbiol, González, Mateo, Bringas y otros insignes teólogos.

Después de examinar y discutir la Orden franciscana, por espacio de cinco años, todos los periodos y clausulas publicó con el título de *Mística Ciudad de Dios* etc. la Historia de la Virgen que dejó escrita la Venerable, y sobre la que corrían yá rumores y elogios en el mundo. Los originales ó autógrafos, que hoy se conservan en ocho volúmenes en el Convento de Ágreda, fueron llevados á Roma, y la obra que había sido aprobada por varias Universidades y por los teólogos más eminentes de diez y siete Ordenes religiosas, fué declarada *Orthodoxa, piadosa y auténtica*. Por Benedicto XIV y por genuina obra de la Venerable por Clemente XIV.

En nuestros días han hecho merecidos elogios de la *Mística Ciudad de Dios* el P. Faber en Inglaterra, el P. Lierhúmer en Alemania, Zumault en Holanda *L'Univers* en Francia, la *Civiltà Católica* y *La Crociata en Italia* y todas las publicaciones sen-

estas en todas las demás naciones, no pudiéndose atribuir más que á la ignorancia y á la arrogancia el que se ponga en duda su mérito y autenticidad. Se conoce que no han leído la obra los que dicen que favorece á las opiniones de Escoto, pues yo les mostraré por lo menos veintiocho puntos en que favorece más á Santo Tomás que á Escoto.

No hay que dar vueltas; la Venerable está sobre todas las miserias de los escolásticos. Creemos que ningún teólogo ni muchos juntos, serían capaces de escribir semejante libro: léanse las censuras del Jesuita P. Mendo y de otros varones insignes, y se verá que no es exageración lo que digo.

Además, la unidad de estilo en sus cartas particulares, en todos sus escritos, en su conversación y hasta en el proceso de la Inquisición no dejan lugar á duda que es esclusivamente de la Venerable todo cuanto contiene la *Mística Ciudad de Dios*. El Cardenal Aguirre era furibundo enemigo de Sor María; pero, apenas leyó sus obras, mudó de juicio y se declaró en acérrimo defensor de la Monja de Ágreda y de sus

escritos. El P. Lumbier después que leyó la *Mística Ciudad de Dios*, entusiasmado exclamaba: *opus sane miracularum, et post sacrae Scripturae dignitatem, inter precipere numerandum*. Y el P. Tirso Gonzalez, después de enumerar extensamente los saludables y espirituales frutos que la obra está produciendo en todas partes, escribía: *Nihil in ipsius Revelationibus, earumque adjunctis viri docti observarunt, quod á regulis fidei et christianæ perfectionis alienum esset*.

Basta la obra misma para abrir paso en todas partes: apenas habrá lengua en el mundo á la que no haya sido traducida la *Mística Ciudad de Dios*, lo que prueba el grande aprecio que se hace de ella en todo el orbe, por más que sus enemigos trabajen en sentido contrario. Pero basta de esto, y hablemos de las cualidades intrínsecas de tan sublime y portentosa obra.

El estilo de la *Mística Ciudad de Dios* es siempre elevado y magestuoso sin decaer un solo punto en dignidad y sin perder nada de la esbeltez y soltura del bien decir. La frase es castiza. Las imágenes, usadas con parsimonia, no recargan de adornos chu-

rríguerescos el asunto principal, y al propio tiempo quitan al libro la aridez y la frialdad de los escritos didácticos. En las introducciones y preámbulos es con frecuencia brillante; en el relato histórico, grave y mesurada; y en los apéndices doctrinales gasta una precisión envidiable, digna de los mejores hablistas. Aunque la venerable escribía en tiempos en que el culteranismo invadía la literatura española, haciendo el gongorismo presa de los ingenios más privilegiados, la *Mística Ciudad* es uno de los libros de la época que más limpio se conservaron de este vicio. Con mucha razón, pues, ha puesto la Academia el nombre de la Venerable Madre de Ágreda en el Diccionario de autoridades y ha declarado su obra como una de las más clásicas del siglo XVII.

Aunque las obras de Sor María de Jesús son más científicas que las de Santa Teresa, no carecen de menos amenidad y hermosura. En cuanto á lo contenido de la *Mística Ciudad de Dios*, podremos decir con una docta pluma española lo siguiente: Si la divina Historia que la Venerable nos refiere

debió suceder de alguna manera, no podía suceder mejor que según ella lo explica. Mejor libro no se ha escrito en esta materia. Identificada la Monja Franciscana de Ágreda con Jesús y su Madre Santísima, les sigue paso á paso en su carrera mortal, y si no acierta á contar lo que sucedió de hecho, nos cuenta lo que no podía menos de suceder. El argumento ó el asunto de la obra no podía ser ni más grandioso ni más difícil. No hay obra teológica que se la puede comparar; y los mismos poetas quedan atrás junto á la Venerable.

De Camoes, Ercilla, Tarso y otros vates de extro-poético se dice, que tomaron un asunto ú objeto demasiado pequeño para sus brillantes poesías y exuberantes imaginaciones: solo el terciario franciscano Dante Alighiere fué feliz en esta materia, escogiendo para su argumento nada menos que toda una Divina Comedia; pero, como nos dice un sabio conspicuo de nuestros tiempos, ni aún Dante abarca un plan tan extenso y sublime como la Monja de Ágreda en su incomparable obra.

Aunque principalmente histórica fuera

de la Concepción Inmaculada de María, que es siempre de lo que más se ocupa, comprende la *Mística Ciudad de Dios* los fundamentos más profundos y vastos de la Teología y Filosofía católicas.

La división y distribución de los divinos Decretos, la creación del mundo y su admirable ordenación; la explicación y la singular aplicación de los símbolos y textos del Antiguo Testamento: los motivos de obrar *ad extra* que tuvo la Divinidad; la historia de los misterios de la Redención; el retrato y la descripción de los individuos de la Sagrada Familia y de sus costumbres; los fenómenos de la vida mística, y las deducciones y consecuencias morales y prácticas que de todo infiere y saca; son tan distantes entre sí y al mismo tiempo tan complicadas, que no hay ciencia que no toquen ni dificultad que no hieran, sin perder ni un solo punto su unidad y armonía inimitables.

Una obra de este género, escrita en lengua vulgar, es un imposible realizado por Sor María de Jesús de Ágreda.

Aquí debía terminar este párrafo; pero

continuemos la misma materia sobre los demás escritos de la Venerable, diciendo que sería cosa de desear se diesen á luz todos sus manuscritos y sobre todo sus cartas espirituales, como con tanto acierto y tino ha publicado el Señor Silvela sus cartas políticas ó sea la correspondencia de Sor María con Felipe IV. Estas cartas son el modelo más acabado de literatura y del estilo epistolar. Remito al curioso é inteligente al Prólogo que el Señor Silvela puso á los dos abultados volúmenes, donde hallará retazos que encantan.

Por no hacerme interminable, solo añadiré las siguientes palabras del Señor Sanchez Toca: «La correspondencia entre Felipe IV y Sor María de Ágreda se desenvuelve fuera de la atmósfera sofocante del conceptualismo que entenebrecía entonces nuestras letras. Tanto en las cartas del Rey como en las de la Venerable Madre, apenas se descubre un lunar de fealdad culterana ó conceptista.

Son, por el contrario, modelos de sobriedad y sencillez.... Escriben como sienten, sin resabios de afectación ni sutilezas inge-

niosas... y fluyen de la pluma severos consejos y exposiciones de doctrinas mística y político-religiosa, trazadas con el majestuoso decir de los Granadas, Leones y Marianas.»



V

Sor María de Jesús eminente en Ciencia

Es la ciencia, según los filósofos, el conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas y razones, *cognitio rerum certa et evidens per earum causas et rationes*. Que la Venerable Madre tuviese esta clase de conocimientos, consta por las obras que nos dejó escritas. Además, es una aserción general en todos los biógrafos de ella, que conocía con visión abstractiva todas las cosas del orbe con sus esencias y propiedades.

No ha mucho que varias revistas y publicaciones llamaban á la Venerable «la teóloga y filósofa más eminente de la Iglesia católica.» Todos los que hablaban y

trataban con Sor María confesaban que su ciencia estaba sobre todo el saber humano y como tal dan testimonio el P. Chacón, de la orden de la Merced, el P. Gacitua, de la orden de San Agustín, el P. Juan de Santo Tomás de la orden de Santo Domingo, el P. Egulus de la compañía de Jesús, el P. Navarro de la orden de San Benito y más de otros treinta teólogos que examinaron personalmente á la Venerable.

El resumen de su testimonio que, previo juramento, depusieron en los tribunales competentes, juntamente con el del confesor de la Venerable el P. Fray Andrés de Fuenmayor, viene á decir: «Que sin haber estudiado jamás ciencia alguna divina ni humana hablaba Sor María con tanto acierto de toda clase de ciencias, que ningún sabio lo hubiera hecho con tanta propiedad.— En la Filosofía discurría con tan sublimes y sólidos principios de las verdades más fundamentales de la Lógica, Metafísica y Ética, que nadie podía competir con ella.

En la Astronomía podía dar cuenta detallada de la grandeza de los cielos, astros y planetas, de sus órbitas, distancia, mag-

nitud, movimiento é influjo.—En la Cosmografía no solo entendía de la división y descripción de la tierra, de los mares y de su magnitud, límites y sitios los más recónditos, sino también las leyes, usos y costumbres de cada Nación con la índole y carácter de los habitantes. Hablaba con tanta profundidad, claridad y propiedad de términos de los puntos más altos é intrincados de la Teología Sagrada, escolástica y mística, que ningún teólogo era capaz de imitarla.

En la Teología expositiva aplicaba y explanaba los textos de la Sagrada Escritura con tanta propiedad, que era cosa sorprendente que una mujer, que no había aprendido la lengua latina tradujese y manejara con tanto aire y galanura los textos latinos.

En fin, creemos que es preciso confesar que de todo lo referente á la naturaleza, á la gracia y á la gloria, debía tener la Venerable ciencia infusa, pues en caso contrario hubiera sido imposible que hablase con tanta extensión y exactitud de tan altas materias y con tanta conformidad con la Sagrada Escritura, Concilios, Santos Padres

y principios filosóficos.—Hasta aquí los testigos arriba indicados.

Bastaría los dicho para probar la eminente ciencia de Sor María; pero todo esto aparece más evidente en el proceso que, sea por los rumores de sus revelaciones ó por las cartas al Duque de Híjar, le formó la Inquisición. Veinte días tardó el Santo Tribunal, con sesiones mañana y tarde, en el interrogatorio que se componía de ochenta preguntas ó acusaciones, y la Venerable satisfizo con tantas luces y ciencia á todas las preguntas, que los Inquisidores quedaron estupefactos de su talento y doctrina.

En el archivo de la casa de Gor se conserva, según el Sr. Silvela, todo el proceso Inquisitorial, y es verdaderamente un tratado teológico. ¿Dirán los enemigos de la Venerable que aquí también se metió alguna mano extraña? ¿se atreverán á decir que hasta los Inquisidores mienten en su relato? Todo es posible en un hombre apasionado.

El P. Calificador del Santo Oficio, como la Venerable reveló tales conocimientos teológicos al explicar que la Virgen era

complemento de la Beatísima Trinidad en las obras *ad extra*, la preguntó cómo había adquirido tales estudios y conocimientos científicos, y la Monja le respondió con humildad y sencillez, reconociéndose como la más ignorante de los hijos de Adán.

Al terminar el proceso, solicitó la Madre con serenidad varonil que se le volviera á leer todo lo contenido, por si en la diversidad de preguntas y respuestas habria su flaca memoria incurrido en algún error involuntario; y accediendo á su petición, le fué leído, y la Venerable entonces ratificó y firmó todo lo declarado é hizo una protesta de fé á su continuación, que merecía corriese impresa en todos los catecismos y devocionarios cristianos. En vista de todo esto, el P. Calificador consigna en el resumen de sus juicios que «ha reconocido en la acusada mucha virtud, con grande inteligencia en cosas de la Sagrada Escritura, que ha desvanecido los fundamentos del interrogatorio con humildad y verdad y que la acusada es católica y fiel cristiana, bien fundada en nuestra santa fé y sin ningún género de ficción.»

Para que se vea la ciencia y la sublime elocuencia de la Venerable, pondremos aquí la respuesta que dió, cuando los Inquisidores la preguntaron, si había visto á Dios clara y distintamente: Que no ha oído, respondió la Madre, pregunta de cuantas le han hecho que más haya traspasado su corazón de dolor, y quisiera la cubriese el polvo de la tierra. ¡Pobre de mí! ¿Cómo la más vil y pecadora de las criaturas había de ver en carne mortal á Dios, cuando desde que tiene uso de razón no le ha faltado continuamente una amargura fuerte, que pesa más que cuantos trabajos ha padecido, ocasionada de pensar que por sus pecados no ha de ser digna de ver la cara de Dios cuando la desnuden de la mortalidad? ¿pues cómo vestida de ella y cargada de imperfecciones, remisiones y flojidades la había de ver siendo fuerza que toda culpa y sus efectos estén purificados en la criatura para ese beneficio?—Otra cosa es la visión de Dios, no descubriéndose el Señor en si mismo, sino mediatamente al entendimiento criado, con presencia meramente intelectual, especie de visión intuitiva, que

supone medio entre el objeto y la potencia y que no enseña la presencia real, aunque la contiene, y que es gran favor, porque enseña y revela, que es Dios trino y uno, en sustancia Padre, Hijo y Espíritu-Santo, y le dá la noción de las personas sin dividir la sustancia; pero como la capacidad de la naturaleza humana es tan limitada, y el objeto que se le presenta por visión abstractiva infinito, no hay palabras para ponderar la impresión que produce en el alma,»



VI.

Sor María de Jesús amante de la Patria.

Si bien la Venerable Madre de Ágreda conocía las ciencias naturales mejor que Fr. Rogerio Bacón, y las escolásticas mejor que muchos teólogos y filósofos eminentes, no era menos experta en la diplomacia para el bien de su Patria. En las materias del gobierno político, militar, económico y regnativo tenía una destreza admi-

rable. Es verdad que en la Orden Franciscana ha habido eminentes diplomáticos como el Cardenal Cisneros, Juan de Moncorvino, Juan de Capistrano, Pedro Gálafino, el P. Lerchundi y otros sin cuento; pero Sor María en nada es inferior á ellos. Desde el rincón de su Convento de Ágreda era capaz de gobernar á todos los reyes y reinos.

Sus cartas á Felipe IV están llenas de preciosísimos documentos diplomáticos. Lástima grande que estas cartas no se hayan leído algo más; pues, además de ser clásicas en su estilo, en ellas se ve el grande amor de la Venerable á la Patria,

Vea la decadencia de la Corona y del pueblo español, y con gusto hubiera dado la sangre de sus venas para contenerle en su esplendor y grandeza. No sabemos lo que hubiera sido en el campo de batalla, aunque su entusiasmo nos hace sospechar que en nada hubiera sido inferior á la terciaria franciscana Juana de Arco y otras amazonas; pero en las previsiones y precauciones estratégicas revela un talento militar superior. Si la antigüedad dejó escrito, *dulce et decorum est pro Patria mori*, que es

cosa dulce y honrosa el morir por la Patria, la Venerable divinizaba este dicho con la justicia moralidad y santidad que tanto recomendaba á los amantes y defensores de la Patria. Al mismo Rey le aconsejó en una de las visitas que la hizo en su Convento de Ágreda, que mejorase de vida y desterrase los trajes profanos de la Corte.

Su diplomacia no era el arte de engañar al prójimo con adulaciones ó ambigüedades para sus fines particulares, ni el arte de hacer amistades con la aristocracia para medrar en bienes materiales, ni el arte de ser hipócrita para favorecer después á sus adictos y parientes con honrosos puestos y empleos, sino el decir la verdad y guiar á los individuos, á las familias y sociedades al bien temporal y eterno.

La Monja de Ágreda á pesar de haber sido por tantos años consejera de reyes, consuelo de princesas en sus tribulaciones, confidente de magnates y cortesanos y visitada en su retiro por privados y ministros, no tenia, después de cuarenta y dos años de fundado el Convento, una alfombra para el altar ni posibilidad para comprarla,

le agobiaba una deuda de seis mil duados, y en ocasiones le faltaban recursos para la comida y otras cosas necesarias para la Comunidad.

Como perspicaz diplomática y verdadera española quería Sor María ante todo hacer paces con Francia para despues conseguir con seguridad el triunfo sobre Portugal. Por esto en una carta al Rey, se expresa en estos términos: «Anímese V. M. á trabajar por la paz; ármese, Señor mio, de la fé y esperanza, corróborose su brazo de fortaleza, y en causa tan del servicio de Dios, no regatee ninguna diligencia, y esté cierto que por la paz el perder es ganar.

El Evangelio dice que són bienaventurados los que obran la paz; pero á más de esto hay otra razón bastante á solicitarla; y es que los enemigos exceden en fuerzas. Cláro está que, si no es con milagros, no nos podemos defender y es temerario pensar si merecemos que Dios los haga; de que se colige es prudencia cristiana y política procurar la paz, y despues fácil será conquistar á Portugal.»—Las ansias de la Venerable por la paz entre Francia y Es-

paña eran grandes, pues en otra carta dice al Rey: «Obligada y cumplida de la causa de Dios y bien comun.... le pregunto, si hay algunas esperanzas para poder tratar de paces entre las dos coronas, porque en estas guerras he descubierto algun desagrado del Señor.» Por esto, sin duda se pone enérgica la Monja contra los que dificultan las paces, y hablando de algunos eclesiásticos que no se interesaban por ello, dice: «Que como están acomodados y gozan de sus rentas pacíficamente, no conocen cuan necesaria es la paz para los pobres que perecen.»

Si en esto y otros avisos se hubiera atendido debidamente á la perspicacia y diplomacia de la Monja de Ágreda, Portugal y España hubiera sido hoy un solo Reino, ni nuestras Colonias hubieran tenido una emancipación tan desastrosa. Pero hoy se quiere una Patria sin Monjas y Frailes, una política sin Dios, y plantadas semejantes premisas, no nos extrañemos de tan funestas consecuencias.

Además de todo lo dicho, los consejos de conducta moral, religiosa y política; la

disciplina rigurosa en el ejército; la prevención de bastimientos en las armadas y plazas; los abusos de las levadas y de las alteraciones de moneda; el cuidado especial que convenia poner en la elección de los ministros para Cataluña; la poca confianza que se debía tener en las promesas que nos hacian los de adentro de Portugal, y otras cosas que se contienen en sus nunca bastante ponderadas cartas políticas, indican cuan Española era Sor María de Jesús y cuan acertadamente discurría en los asuntos regnativos, militares y políticos.

Aparece tambien la Venerable muy Española en sus doctrinas, pues los puntos que con más ardor defendió, fueron la Concepción Inmaculada de María y la Infalibilidad del Romano Pontífice, puntos nunca puestos en duda por el pueblo español.

Todos los enemigos de la Venerable podemos reducir á los enemigos de estos dos puntos; declarados hoy como dogma de fé por la Iglesia. Así se comprende porqué los Galicanos hicieron una guerra á m. á la incomparable obra *Mística Ciudad de Dios*; sin embargo la Venerable Madre Sor

María de Jesús de Ágreda ha podido más que todos ellos.



VII.

El Convento de la Concepción de Ágreda

Como fundación de la Venerable, justo es que hablemos también algo del Convento de la Concepción de Ágreda. Así tendrán una guía los que le quieran visitar y un recuerdo los que le hayan visitado. Sabido es como convirtieron la misma casa en que vivían en convento de María Inmaculada, siendo las primeras novicias la madre de la Venerable D.^a Catalina de Arana con sus dos hijas. Esta casa-convento, si bien merecía que se conservara mejor, existe aun en la Villa de Ágreda. En el departamento ó celda que servía á la Venerable vimos una mancha negruzca y una inscripción en memoria de un triunfo que consiguió del demonio por medio del Arcángel San Miguel. Allí vimos tambien un tosco torno que sirvió á las Monjas durante su permanencia en aquel reducido lugar, en ésta casa-con-

vento vivieron aquellas fervorosas religiosas hasta que Sor María de Jesús consiguió edificar el actual Convento de la Concepción, el cual es de buenas condiciones higiénicas y hecho con unidad de plan formado por la misma Venerable. La Iglesia es pequeña, pero muy linda. Su pavimento parece de cristal, é inspira devoción solo con poner los pies en ella. Tiene tres altares, el mayor dedicado á la Purísima Concepción, el del lado derecho dedicado á San Miguel, y el otro dedicado á San Francisco de Asís, cuya imagen según nos cuenta la tradición, habló á la Venerable. La sacristía es también pequeña pero proporcionada sin más especialidad que dos pinturas de San Francisco y de Santa Clara con la Venerable Beatriz de Silva.

En él torno de la sacristía y de la portería se leen, debajo de una imagen de la Inmaculada Concepción los versos siguientes:

Quien á éste torno llegáre,
Venere ésta Concepción;
Y después tenga atención
De hablar poco, bajo y grave.

Porque como es de Descalzas
Y de tanta perfección,
Se ofende su Religión
De las risas y las chanzas.

La grada ó el locutorio es un lugar reducido, pero devoto. Entre otras imágenes se vé una pintura preciosa que representa á la Venerable con la pluma en la mano. La ventanilla del locutorio es sumamente pequeña con enormes pinchas de hierro sin resquicio alguno. No se puede ver ni sombra de religiosa alguna. Apesar de tanta rigidez y retiro, en aquella grada han conversado con aquellas piadosas y austeras religiosas tantos Cardenales, Arzobispos, Obispos, Reyes, Generales de la Orden Franciscana y de otras órdenes, y toda clase de personajes.

Para que la gente no saque en aquel santo lugar conversaciones ó noticias del mundo, junto al ventanillo del locutorio, debajo de una imagen de San Francisco de Asís, se leen los versos siguientes, que solo ellos son un sermón:

Esposas de Cristo son
Estas que vienes á hablar,
Y así las debes tratar
Con toda circunspección.

De suerte que en la visita,
Has de estar con tal decencia
Que ni manches tu conciencia
Ni pierdas á Dios de vista.

Mas si hicieres lo contrario
De lo que aquí significo,
Será tu fiscal Francisco
Y Dios quien venga el agravio.

La vida que observan las religiosas de aquel dichoso Convento es ejemplar y edificante. Se levantan siempre á media noche á rezar Maitines, duermen sobre un saco de paja sin cama, rezan, además del oficio del día, el oficio Parvo de la Virgen, consagran varias horas á la meditación y prevalece en ellas la vida contemplativa. No es de admirar en vista de esto, que muchas se hayan distinguido en virtudes extraordinarias. El P. Bringas cuenta hasta los principios del año de mil ochocientos nada menos que cuarenta y siete monjas muertas en gran fama de santidad en el Convento de la Con-

cepción de Ágreda. Conserva la Comunidad las tradiciones y santas costumbres de su Venerable fundadora Sor María de Jesús.

Los claustros, las celdas y todo el convento, está en el mismo estado que cuando vivía la Venerable. Ha sido visitado el Convento por Carlos II y D. Juan de Austria; por María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V., quien vistió el hábito de Concepcionista Franciscana por un día entero que permaneció dentro del Convento; por D.^a María Ana de Neuburg y otros personajes grandes, llegando en un tiempo á ser como necesario para ser bien quistos los diplomáticos en España, *que hubiesen visitado con devoción la tumba de la Venerable Madre Sor María de Jesús de Ágreda*. Siendo estas visitas tan frecuentes y conociendo la Comunidad que eran ocasión de distracciones dada la rigidez de su vida monástica, suplicó al Papa se dignase no acceder á tales instancias, de lo que Su Santidad quedó edificado.

Y á pesar de las visitas de estos personajes, nunca admitió la Comunidad de Ágre-

da rentas, fundaciones piadosas ó cosa semejante, y el espíritu de la Santa Madre vela desde el cielo para mantener firme su primitiva estrechez.

Muchos son los objetos piadosos que se conservan en aquel Santo Convento. Entre otras cosas se conserva allí la enorme cruz de hierro, con que la Venerable Madre de Ágreda hacía los ejercicios de la cruz, y daba todas las noches quince vueltas en su tribuna en reverencia de la Pasión del Señor con las rodillas desnudas por tierra donde aun se conservan las manchas de sangre que de ella brotaba. La cruz de hierro que usaba en el pecho y que pesa tres libras; y tres magníficos crucifijos de marfil regalo del Rey Felipe IV.

La mesa en que escribía fué llevada á Madrid por el Rey Carlos II para firmar los asuntos de su Gobierno, y hoy se conserva con veneración en las Descalzas Reales de Madrid. La túnica ó camisa tegida de alambre que la Venerable solía traer á raiz de la carne, se conserva en poder de una familia particular de Madrid. La celda, la tribuna, el confesonario y el Comulgatorio, están en

el mismo estado que cuando vivía la Venerable; y al considerar que en aquellos mismos sitios y puntos hablaba Sor María con Jesús y su Madre Santísima y se levantaba en extasis etc., se enternece el corazón más empedernido.

Causa también piadosas impresiones la preciosa Imagen de Ntra. Sra. del Coro, que hacía, y aun hace de Abadesa en el Convento, y es extraordinaria la devoción con que es venerada en aquella tierra. Es así mismo otro objeto de gran veneración la copa de la que bebió agua la Venerable cuando en su última enfermedad recibió el Santo Viático, dicha copa ó sea, como llaman el vaso de la Venerable Madre era del uso del Rey Felipe IV de materia plata sobredorada la cual regaló el Monarca á Sor María. La casulla y corporales que bordó la Venerable son apetecidos y buscados por los Sacerdotes para celebrar con ellos la Misa, lo mismo los cálices que le regalaron Felipe IV y su hermano Fray José Coronel, religioso franciscano.

Se conservan en el Convento de Ágreda los autógrafos ó los originales de la *Mística*

Ciudad de Dios en ocho volúmenes si ningún borrón ni errata en ninguno de ellos, lo mismo que los autógrafos de varias cartas,

En fin, haciendo caso omiso de otras cosas, el cuerpo de la Venerable Madre no se puede ver; pero se conserva dentro del Convento colocado en una arca con tres llaves, permanece íntegro especialmente el brazo y mano derecha teniendo las uñas de los dedos como de viva, pues fué reconocido con asistencia del Ecxmo. Sr. Obispo de la Diócesis en el año de 1890.

En la Villa de Ágreda se conserva en la iglesia de Santa María de Magaña la pila en que fué bautizada Sor María, y en los libros parroquiales la partida de su Bautismo.

La casa en que nació la Venerable, distinta de su propia casa-convento, se encuentra arruinada, y frente á ella una calle dedicada á su hidalgo padre D. Francisco Coronel (según opinión) con el nombre de *Cuesta de Coronel*.

El itinerario para Ágreda es por ferrocarril desde Castejón, y en coche desde Tarazona y Soria.

VIII.

**La Venerable Madre de Ágreda y Santa
TERESA DE JESÚS.**

Por remate y conclusión de éstos mal redactados apuntes, que han sido escritos á vuela pluma en el término de cuatro incompletos días, pondremos aquí lo que en otra ocasión se escribió con este mismo epígrafe y fué publicado con tanto aplauso por la prensa Española y Extranjera. Helo aquí.

En una memoria sobre la Venerable Madre Sor María de Jesús de Ágreda, que mereció el primer premio en un certamen y corre impresa en varias revistas, hemos hallado datos curiosos y bastante exactos sobre las dos mujeres más grandes de España y tal vez de todo el mundo, Santa Teresa y Sor María de Jesús.

Merece que estos datos los sepa todo el mundo y los pondremos aquí para gloria de España y admiración de los extraños.

Tal vez algunos no se hayan atrevido á poner en parangón inmediato á estas dos

famosas escritoras españolas y castellanas, por respeto á la opinión general, que no podría menos de extrañar esa comparación entre la reformadora del Carmelo y la monja franciscana concepcionista recoleta de Ágreda; pero si nos fijamos en que la prevención que reina todavía contra la Venerable de Ágreda es consecuencia de una campaña de calumnia y difamación que ha tocado ya á su término, puesto que ha sido su *Mística Ciudad de Dios* declarada *ortodoxa, piadosa y auténtica* por Benedicto XIV en 1757, por *genuina* obra de la Venerable Madre por Clemente XIV, en 1771, y ha sido también definido dogma de fé por Pio IX el Misterio de la Inmaculada Concepción, punto por que se levantaron tantos enemigos contra la obra que defendía este Misterio: si se tienen—decimos, presentes estas cosas, no creemos que nadie pueda darse por ofendido con que pongamos los escritos de Sor María al lado de Santa Teresa, reconociendo la superioridad de esta como viva y fogosa, y la de aquella como sabia y reflexiva, porque María tenía más talento y Terésa más ingenio.

Esto se ve con toda claridad en los escritos de ambas, á no ser que se quieran cerrar los ojos á la evidencia.

Las dos eran españolas, las dos seráficas, las dos monjas de clausura, las dos escritoras místicas y los escritos de ambas han sido declarados *clásicos* por la Academia. Sus historias tienen grandes puntos de contacto, como sus obras literarias, aunque con notables diferencias, cuyas causas tal vez no se hayan de encontrar en la diversidad de siglo ni de talento ni de reglas que profesaron, sino más bien en el temperamento y peculiares circunstancias en que cada una se vió colocada y favorecida de Dios.

Cada autor imprime en sus escritos el sello propio que suele revelarnos, no solamente el carácter moral, sino también la constitución física la educación, y aun la clase de vida que ha llevado: y así Santa Teresa y Maria de Jesús hacen del papel el confidente de sus almas, á el confían sus secretos más íntimos, le explican los más delicados sentimientos del corazón y en él nos dejan el fiel retrato de su gran espíritu.

Teresa es la personificación del amor es-

piritual que abrasa, que ciega, que vuella, que prorrumpo en fuertes gemidos así que pierdo de vista á su Amado, que se alborozá y salta de alegría al encontrarle.

Sor María de Ágreða es la encarnación del amor que alienta, que discurre, que anda siempre reflexivo, pausado y quieto, que se adormece en la dicha, que languidece en la contrariedad: María es el ángel temporalmente desterrado del cielo, que alaba y abraza á Dios en poseyendolo, y suspira como tórtola al perderle de vista.

Teresa ve á Dios y quiere poseerle, Sor María le ve y quiere ganarlo. María de Jesús para gozar á Cristo, quiere imitarle, y para esto se mortifica. Teresa va á la mortificación para estar unida con él. María de Ágreða va en busca de Jesús. Teresa le sale al encuentro. María le adora. Teresa le abraza. María reza; Teresa canta. Esta es más alegre; María más grave y severa. Esta es más retirada y silenciosa; Teresa más resuelta. María ha estudiado el mundo; Teresa lo ha sorprendido. Teresa tiene más sentimiento; María más entendimiento. Teresa es una mujer sin igual; María es un hombre,

por su rara madurez y gravedad.

En sus escritos, como en sus caracteres, Teresa es apasionada, impetuosa, agitada y traviesa; Sor María es reposada sin abandono, activa sin agitación, afanosa sin inquietud.

Sor María discurre, convence, persuade y agrada; Teresa seduce y arrastra. María es filósofa y teóloga eminente; Teresa es más poeta: de aquí es que hallamos en sus obras interrupciones sin cuento, dá rienda suelta á la imaginación y pasa á lo mejor de una explicación filosófica á una poesía vehemente; parece que nada le importan el método, el orden y el estilo, y sin embargo, sus escritos resultan hermosos sin comparación; siente y escribe. María de Ágreda mantiene, en cambio, un orden perfecto. pasa de un punto á otro, demostrando de antemano la trabazón que mutuamente mantiene; analiza el valor de las palabras con todo cuidado, y, á pesar de ser más *científica*, sabe dar amenidad, curiosidad y una hermosura sin igual á sus libros. María de Jesús siente; pero antes de escribir medita.

Como última palabra de estos desapasio-

nados y hermosos paralelos, que tanto ensalzan á estas dos seráficas monjas españolas, rindamos tributo á la verdad y á la justicia, diciendo, con santo orgullo de glorias españolas; que ni dentro ni fuera de España ha habido mujer como Teresa, ni tan sabia y reflexiva como Sor María de Jesús de Agreda, á quien Dios permita veamos presto en los altares. Amen.

D. S. G. S. R. E.



Nota del autor.—Protestamos no dar más valor en todo lo relativo á los milagros que en el mismo escrito se citan, que lo que declare la autoridad legítima eclesiástica respetando como respetamos el dictamen de la Iglesia.



Tarazona 12 de Abril de 1902.

Visto y examinado el escrito "La Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda", que antecede y que consta de cuarenta y tres hojas, damos nuestro permiso y licencia para que, puesta la nota que arriba se expresa, pueda imprimirse, puesto que nada contiene contrario al dogma y á la moral.

Lo acuerda, manda y firma S. S. el M. I. Sr. Vicario Capitulár de la Diócesis de Tarazona, Sede Vacante, de que certifico:

Dr. Joaquín Carrión

Por mandado de S. S.

JUAN ZAMORANO, Srio.





